

COLEGIO SALESIANO «SAN BARTOLOMÉ»

Eduardo Domínguez Ávila, 19

MÁLAGA

Octubre, 1973

Rvdo. P. Julián Prieto Rodríguez



Queridos hermanos:

Al cumplirse el mes del fallecimiento de don JULIAN PRIETO R. os presento esta breve reseña sobre su vida y personalidad, rogándoos sigais teniendo un fervoroso recuerdo por él y por los demás salesianos difuntos.

Para muchos de vosotros que conocíais a don Julián, la noticia de su muerte fue una dolorosa sorpresa, dado que su estado de salud no parecía prever un desenlace fatal tan rápido. Por otra parte la circunstancia de que su muerte haya ocurrido a la escasa distancia de algunos meses de la muerte de su hermano Antonio, no ha podido por menos de impresionarnos y hacer más sensible la pérdida de estos dos ejemplares salesianos de la Inspectoría de Córdoba.

Se puede decir que fue la muerte del hermano Antonio la que marcó el principio del final terreno de don Julián. Afectado profundamente, su salud comenzó a resentirse hasta quedar postrado de fuerzas. A consecuencia de una caída, al parecer sin importancia, fue internado en una clínica de Málaga a fin de ser atendido convenientemente. No obstante los cuidados médicos y las atenciones constantes de los hermanos de la Comunidad, su estado de salud continuó debilitándose.

Con la ilusión de que tal vez el clima de la tierra natal le beneficiaría, pidió con insistencia le dejaran partir para su pueblo de Barruecopardo, en la provincia de Salamanca. Con el consejo favorable del médico y el deseo expreso de la familia, marchó el 16 de agosto, para lo que todos, y él el primero, creían iba a ser una estancia de feliz restablecimiento. Así lo hizo esperar la mejoría experimentada en los primeros días de su estancia, hasta el punto de que él mismo estaba ya pensando en el destino del curso próximo.

Pero el día 17 de septiembre, al mes justo de llegar a su tierra, el final de la vida de don Julián se presentó de forma rápida e inesperada.

Aquel día, al igual que los anteriores, el señor párroco fue a llevarle la Sagrada Comunión; habiéndolo encontrado más fatigado que de costumbre, tuvo con él un breve diálogo y antes de que humanamente se pudiera hacer nada, la vida de don Julián Prieto se fue apagando en el espacio de pocos minutos. Tenía 67 años, de los que 51 vivió como salesiano y 41 como sacerdote.

El entierro tuvo lugar al día siguiente, recibiendo cristiana sepultura en la tumba familiar junto a sus padres. Presidió la concelebración el P. Vicario Inspectorial de Córdoba y asistieron el director de Málaga, el rector del Teologado de Salamanca y otros salesianos. También concelebraron otros quince sacerdotes, párocos de los pueblos vecinos, que quisieron testimoniar fraternalmente su solidaridad sacerdotal y el aprecio que sentían por don Julián Prieto y por la Congregación Salesiana. Asimismo acudió un grupo de Hijas de María Auxiliadora de Salamanca, lo mismo que familiares de salesianos nacidos en la comarca; el pueblo participó en pleno, como muestra de sentimiento y al mismo tiempo como homenaje al salesiano fallecido.

Fue en este pueblo castellano de Barruecopardo donde don Julián Prieto había nacido el 9 de enero de 1906. Sus padres, Antolín y Julita, lo educaron con esmero, dando una elocuente prueba de fe y generosidad al ofrecer al Señor a tres de sus hijos, todos en la Congregación Salesiana: los hermanos Julián y Antonio, que fueron sacerdotes, y la hija Julia, Hija de María Auxiliadora, que reside actualmente en Salamanca.

Desde el momento de su entrada en el Aspirantado de Cádiz en 1917 hasta su muerte en el pueblo que le vio nacer, vivió don Julián con toda intensidad las diversas etapas de la formación y de la vida activa salesianas. La primera profesión se remonta al año 1922, realizando el trienio práctico en el Colegio de Utrera. Reside luego varios años en la República Argentina y a su regreso es ordenado sacerdote en julio de 1932. A partir de esta fecha desarrolla una entusiasta actividad sacerdotal en distintas casas de Andalucía, dejando en todas ellas gratos recuerdos y amistades entrañables.

Podemos destacar su estancia en Montilla (1933-41) como Prefecto, cargo éste que llenará muchos años de su vida salesiana. Como el servidor solícito del Evangelio, puso don Julián todo su talento y capacidad en cuidar y atender a los hermanos y a los jóvenes en las necesidades materiales. Muchos de nosotros recordamos el empeño y las múltiples atenciones que tuvo para con nuestros aspirantes, o hijos de María como se decía entonces. A causa de las circunstancias de la guerra del 36-39 la vida era particularmente difícil; pero su gran amor a Don Bosco y a la Congregación le dieron ánimo para ir solucionando el problema del mantenimiento diario de un crecido número de aspirantes, uniendo su

espíritu de entrega y sacrificio a su aguda inteligencia para allegar los recursos necesarios.

También, en esta etapa de abnegado servicio a la comunidad inspectorial, desarrolló otra actividad eminentemente apostólica: la de promotor de vocaciones salesianas. Por los pueblos de Salamanca aún se recuerda al padre Julián que, con medios de locomoción ciertamente poco cómodos, a pie o a lomos de recias cabalgaduras, recorría pueblos y aldeas. Con amabilidad y suma comprensión se ponía en contacto con los párocos y los maestros y con las familias en las que apuntara alguna promesa de vocación. Su trato, su entusiasmo salesiano, hicieron encauzar para la Inspectoría andaluza a un buen número de aspirantes. Muchos de ellos vieron confirmados sus incipientes deseos y anclaron definitivamente en la familia salesiana. Quien escribe para vosotros esta carta necrológica, es uno de ellos y por este motivo siente una gran deuda de gratitud para con don Julián Prieto. Tal misión fue luego continuada por el hermano Antonio y otros beneméritos salesianos.

Después de Montilla ejerció su apostolado en las casas de Ronda, (1941-46), Cádiz (1947-51), igualmente con el cargo de Prefecto. Nuevamente parte para la Argentina donde reside hasta 1957. Cuando vuelve a España es destinado a la Universidad Laboral de Sevilla (1957-61), para ir a continuación a la ciudad de Ubeda (Jaén) en cuyo Colegio salesiano trabaja hasta 1968, en que contando los superiores con su disponibilidad acostumbrada, es trasladado a Montilla, siguiendo, al igual que en Ubeda, con las preocupaciones y responsabilidad de Prefecto.

A partir de 1970, su estado de salud, notablemente quebrantada, aconsejaron trasladarlo a esta Casa de Málaga. Aquí se entregó con especial dedicación al ministerio sacerdotal como confesor de la Comunidad y de los niños, como capellán y confesor de religiosas, sin dejar de colaborar en todo momento en variados cometidos escolares y de asistencias de alumnos.

A través de estas breves notas biográficas de don Julián Prieto, podéis calibrar algunos rasgos de su personalidad, sobre todo aquellos que reflejan algunas características del verdadero espíritu salesiano. Podemos fijarnos en su espíritu de trabajo y su sentido de la responsabilidad. El suyo era un trabajo realizado con exactitud y perfección. Admira repasar sus cuadernos y otros escritos personales; contienen una infinidad de anotaciones de todo género, perfectamente ordenadas. Hemos conocido su amor a la disciplina y al orden en todas las cosas. Y estas cualidades que brillaban en la realización de sus ocupaciones materiales las quería y las cultivaba personalmente en todo cuanto se refería a la observancia religiosa y a la vida de comunidad. Esta rectitud en sentimientos y formas expresaban, sin duda alguna, su gran sentido de la responsabilidad, sin que por ello dejara de esforzarse por ser amable y servicial.

De la obediencia y disponibilidad a los superiores, hizo una expresión visible de su participación en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo; pues estaba plenamente convencido, en teoría y en la práctica, de que las prescripciones de la Regla y las indicaciones de los Superiores son "la ayuda y los signos que Dios ofrece para que conozcamos su voluntad".

Puede parecer un tópico, por tratarse de un salesiano, hablar de su gran amor a María Auxiliadora y a Don Bosco. Sí se puede afirmar que fue fiel a estos amores hasta el final de su vida. Hemos aludido a su esfuerzo por extender el conocimiento y aprecio de la Obra salesiana y a las fatigas en la búsqueda para la Congregación de los mejores candidatos. Están, entre otros detalles significativos, los abundantes apuntes y notas, recopilados por él, sobre la vida de nuestro Padre y que conservaba celosamente; la magnífica colección de estampas que reunió con la figura de Don Bosco, sobrepasando los mil modelos distintos y que mereció ser expuesta en diversas ocasiones, sirviéndole de eficaz apostolado. ¡Con qué cariño guardaba un pequeño álbum de fotografías, sacadas por él mismo, en ocasión de la canonización de Don Bosco en Roma y Turín!

Podríamos hablar finalmente de otro rasgo de su personalidad: el culto que rindió a la amistad, en su sentido más profundo; las delicadas atenciones que tenía con los amigos, al estilo de nuestro Padre, hacían duraderos los lazos de afecto de los que llegaban a tratarlo en la intimidad. Yo que no tuve oportunidad de convivir con don Julián en las Casas, sino en breves y aisladas ocasiones, puedo testimoniaros de los múltiples elogios y señales de estima de tantas personas como le conocieron y trajeron y han sentido su muerte.

A todos vosotros os pido que lo encomendéis al Señor en vuestras oraciones y que tengáis también un recuerdo por esta Comunidad de Málaga.

Vuestro affmo.

Agustín Hernández

Datos necrológicos: Nació en Barruecopardo (Salamanca) el 9 de Enero 1906; Profesión Religiosa en 1922; Ordenado Sacerdote en 1932; murió en Barruecopardo el 17 de septiembre 1973.